

## Patrimonio y Territorio

Elodia Hernández León

Es necesario comenzar este artículo delimitando el alcance del título porque la unión de estos dos términos resulta algo arriesgada por el amplio abanico de sugerencias que abren. La sola definición, o mejor significación, de los términos por separado, podría apropiarse de muchas páginas, cuanto más esta vinculación entre uno y otro término con la que comenzamos este capítulo.

Sin embargo, la intencionalidad de estas páginas, incluidas en un libro que intenta ofrecer recursos y herramientas a los profesionales del patrimonio etnológico, es otra. Unimos estos términos para presentar un proyecto a largo plazo que aborda la estrecha unión de los bienes culturales y su entorno, esto es una perspectiva cualitativamente diferente que se acerca al análisis del patrimonio como recurso cultural del territorio.

Con ello estamos introduciendo los primeros planteamientos sobre un proyecto que es una apuesta transformadora de las ideas tradicionales sobre la documentación y análisis de nuestro patrimonio, una nueva línea de actuación para el IAPH, que completa, en esta publicación, la exposición de lo realizado y proyectado en el marco del Sistema de Información del Patrimonio Etnológico<sup>2</sup>.

Y aunque el proyecto esté en una fase inicial, la difusión de nuestras primeras reflexiones sobre esa compleja relación Patrimonio y Territorio, pueden constituirse en una interesante aportación para los profesionales que trabajan en este campo, ya que el intercambio de experiencias resulta favorable para la construcción, entre todos, de un lenguaje de entendimiento y

acción sobre el patrimonio etnológico que aúne las distintas acciones de tutela y evite el despilfo que causa la dispersión de criterios a los heterodoxos en la materia.

No se espere el lector por tanto la descripción de un proyecto cerrado, inflexible y exento de dudas, sino más bien el bosquejo de un conjunto de actitudes y actos que queremos emprender a partir de nuestros planteamientos sobre esa sugerente unión: patrimonio y territorio...

Cabe la pregunta del porqué del establecimiento de esta estrecha vinculación sobre la que descansa el diseño de un proyecto de recursos culturales. Y podemos responder que nos mueve una razón eminentemente práctica que se deriva no obstante de avances teóricos. Nos referimos a la necesidad de aplicación de uno de los axiomas sobre patrimonio que ya parecen estar totalmente asumidos: los bienes del patrimonio cultural lo son en función de ser representaciones, símbolos de los valores culturales de distintos colectivos. Es decir, la ya reiterada necesidad de trascender la concepción del patrimonio aisladamente como si los distintos elementos patrimoniales, con independencia de su tangenciabilidad, tuvieran valor por sí mismos. Sin embargo trazar este principio con la práctica de tutela, entendida en sentido amplio, exige un cambio radical en la tradicional metodología de investigación, documentación, catalogación, intervención e investigación sobre el Patrimonio Histórico.

Y se ha avanzado bastante, a pesar de que aún hoy sigamos observando algunas acciones públicas o privadas que no hacen sino traducirnos el viejo concepto del bien patrimonial por

excelencia. De hecho los textos e instrumentos legales internacionales y nacionales se hacen eco y sientan las bases para una gestión sobre un patrimonio mirado de forma distinta. Una nueva perspectiva que lleva a materializarse, por ejemplo, en la noción de entorno: “el entorno se presenta como el mecanismo posibilitador de la superación de la concepción aislada y singular de los monumentos y al asunción –irrenunciable en la actualidad– del patrimonio arquitectónico como conjunto de inmuebles integrado en el contexto territorial y urbano en el que se sitúa”<sup>3</sup> (Castillo Ruiz, J. 1997: 13) o en la propia definición de los conjuntos históricos<sup>4</sup> que traduce esa necesidad de establecer un diálogo entre los bienes monumentales y los elementos que configuran un contexto de relaciones<sup>5</sup>.

De la misma forma en los inventarios e investigaciones relacionadas con la tutela se ha procedido a aislar el bien al identificarlo y archivar su información, aunque, cada vez más, trabajamos sobre herramientas de documentación más complejas que incluyen otros valores de los bienes que aluden a su entendimiento en el contexto territorial<sup>6</sup>. Sin embargo el reconocimiento de las lagunas que tenemos con respecto a la ubicación física, y sobre todo social, de los bienes tangibles e intangibles, nos lleva precisamente a este proyecto que mira al patrimonio como un recurso cultural en el territorio, queriendo con ello devolverlo al mapa.

Pero ¿qué sentido tiene esta vuelta? ¿por qué esta insistencia en el territorio? La respuesta es sencilla: sólo a partir de éste podemos identificar, seleccionar y conservar nuestro patrimonio. Si hemos aceptado que los bienes son testimonios de valores culturales, la interpretación de estos nos remite en una primera instancia a un lugar donde se originan y tal vez aún se encuentran, a un espacio en el que se han dado unas determinadas condiciones sociales, no necesariamente particulares, claves para la “lectura cultural” de los objetos y acciones patrimoniales. En realidad no estamos utilizando el término de territorio en el sentido de soporte físico, a la vieja usanza, por desgracia muy al uso

aún hoy. Huimos de la búsqueda romántica de esa correspondencia entre uniformidad física y unidad de carácter<sup>7</sup>. No creemos que el espacio, sus características físicas, expliquen por sí solas la presencia de uno u otro patrimonio, el paisaje no produce un patrimonio, son los colectivos que viven en él sus productores. Y son ellos también quienes territorializan ese espacio y hacen del paisaje parte de su territorio, ofreciéndonos las claves para la identificación del patrimonio y por supuesto para su conservación porque, como hemos comprobado en numerosas ocasiones, la intervención sobre el objeto que se realiza al margen de los procesos sociales de su entorno no garantiza su continuidad en el tiempo.

No entendemos entonces, el paisaje “natural” como sinónimo de territorio, menos aún si lo que se busca en el primero es la esencia del colectivo que lo habita (aunque se la disfraza con el término identidad), su inmutabilidad en el tiempo<sup>8</sup>. Para nosotros territorios y paisajes son dinámicos. La permanencia de las antiguas premisas, la exclusiva consideración del territorio como un soporte físico y no como un producto cultural, se materializa en muchas de las iniciativas y proyectos en los que tras la delimitación en el mapa de un entorno con buenas cualidades estéticas se termina por adornarlo con las tipologías más comunes del patrimonio. Si se trata de un medio rural, cosa frecuente para quienes identifican territorio con soporte físico o con paisaje natural, entonces aquellos relacionados con el patrimonio etnológico, sean antropólogos o no, están de suerte: se les llamará para que adornen ese bello paisaje con las tipologías más reconocidas de ese patrimonio “más modesto” (molinos, caseríos, cortijos...). Y más aún: el proyecto se identificará como un estudio de los recursos naturales y culturales de una zona x. Pero ¿tiene sentido que se siga localizando a los bienes patrimoniales de forma aislada vinculándolos por la sola inclusión dentro de un área delimitada? ¿es lógico primero localizar las tipologías de bienes que se consideren a priori importantes para luego intentar relacionarlas desde los despachos?.. Todos los pueblos tienen Iglesias y posiblemente hayan tenido su

molino pero ¿son todas las iglesias y todos los molinos recursos culturales de las distintas áreas andaluzas?

Creo que casi sería unánime la respuesta negativa a la última pregunta por parte de los especialistas en patrimonio aunque sea por la sencilla razón de que se considera recurso aquello que tienen un potencial para el desarrollo económico del entorno y todos los lugares no tienen las mismas posibilidades, ni necesidades, de rentabilizarlo. Pero nosotros estamos preocupándonos de la identificación de los recursos culturales en un sentido más amplio, como recursos con potencial económico pero sobre todo con un potencial sociocultural, como patrimonio que hay que “defender” del desarrollismo para el bienestar social de las poblaciones en las que se encuentran. Y desde este punto de vista no todas las tipologías patrimoniales pueden ser consideradas recursos culturales.

Como hemos venido exponiendo sólo desde el conocimiento del territorio podremos identificar su patrimonio, podremos valorarlo y considerarlo como un recurso cultural y tal vez un recurso económico. Por tanto no trata nuestro proyecto, en un principio, de desenmascarar aquel bien que puede contribuir al desarrollo económico de una determinada zona, sino que nos situamos en una fase anterior, en la construcción de un instrumento de acercamiento al patrimonio que lo entienda e identifique a partir del papel social que juega y ha jugado en un determinado territorio, queremos sentar las bases de acercamiento al territorio para que sus hitos, aquellos recursos culturales significativos, puedan alumbrarse.

Y esto porque necesitamos hacer operativo el territorio, porque hemos reconocido mil y una vez, la importancia de la valoración del patrimonio a partir de su entorno, y porque vemos cómo en distintos proyectos con una pretendida proyección territorial el patrimonio es un adorno secundario, que se sigue entendiendo de forma “clásica”. Y a pesar de ello aún no hemos construido un instrumento de documentación que sienta las bases metodológicas para el conocimiento del patrimonio en su terri-

torio. A pesar de que creemos que la continuidad de los viejos esquemas en los nuevos proyectos es cuestión más de una falta de perspectiva metodológica que de una toma de posición consciente sobre la validez de determinadas definiciones, desde nuestro punto de vista restringidas, del patrimonio y del territorio. Sin olvidar que es bastante más rentable y rápido presentar los resultados cartografiados que ocuparse de la metodología y del conocimiento profundo del terreno.

### EL PROBLEMA DE LAS DELIMITACIONES

Hasta el momento hemos apuntado que existen diferentes concepciones del territorio, más o menos explícitas, en los distintos trabajos relacionados con el patrimonio. Pero aún partiendo de una concepto global, a la hora de comenzar a trabajar en un equipo multidisciplinar<sup>9</sup> no se puede evitar el debate en torno a la unidad o ámbito de observación. Si se pretende la construcción de un modelo de interpretación de los recursos patrimoniales en el territorio a través de un proceso deductivo-inductivo ¿cuales serán las áreas unidades de observación?...aquellas que resulten más operativas... ¿a quienes y para qué? ¿Se podrán entonces dibujar todos los “territorios” que se consideren en cada momento? y más aún ¿nos establece el ámbito de trabajo la existencia de un reconocimiento administrativo, no sirviendo aquellas áreas que carezcan de una delimitación política?

Son muchas preguntas para un tema que no es nuevo, y que a pesar de no serlo se presenta complejo, remitiéndonos a la primera cuestión de las distintas concepciones sobre el territorio.

Efectivamente si partimos de la noción territorio como sinónimo de área, definida como “cualquier porción de superficie de la tierra” con independencia de sus propiedades<sup>10</sup>, entonces cualquier dibujo que hagamos sobre un mapa, cualquier delimitación que hagamos arbitrariamente podría ser considerada un área territorial óptima para nuestro análisis.

Sin embargo no muchos de los especialistas en patrimonio cultural serán partidarios de una concepción tan laxa, que se nos antoja harto inoperante. No al menos desde un centro de

documentación que trabaja por lograr unos criterios de sistematización de la información que puedan ser asumidos por numerosos agentes relacionados con este campo. Y tampoco para quienes hemos recalcado la importancia de la acción y apropiación del espacio por parte de sus pobladores para la interpretación y lectura cultural del territorio.

De esta forma en una primera instancia alcanzamos fácilmente el consenso de que hemos de partir de la definición de áreas territoriales en función del establecimiento de criterios que nos ayuden a la localización de unos determinados elementos y sus relaciones. Pero este nos lleva rápidamente a otro problema: cuales han de ser los elementos a tener en cuenta para estas delimitaciones.

Y es un problema, el de las delimitaciones, porque se van a poner sobre la mesa diferentes metodologías de investigación disciplinar. Aún más, con independencia de las distintas disciplinas, en este debate, muy desarrollado por la geografía regional, se enfrentan dos posturas<sup>11</sup> que a grandes rasgos serían las siguientes:

- Aquellas que consideran la existencia de áreas territoriales, regiones que hay que “descubrir” a través de la investigación a partir de su delimitación “intuitiva”, en las que serán tenidos en cuenta factores como la historia socioeconómica, las características medioambientales, los sentimientos de pertenencia etc...

- Aquellas que las entienden desde una óptica más funcional; según el elemento o aspecto a considerar tendremos unas áreas u otras. De esta forma no se trata de reconocer la existencia de áreas como las comarcas, sino de que a partir de la elección de determinados elementos el investigador puede “crear” tantas como quiera.

Dos concepciones sobre las que pivotan las diferentes posturas, de las que se derivan numerosas implicaciones políticas, ideológicas y como no científicas. Hay que decidirse entre la elección de una opción compleja de investi-

gación para el reconocimiento de áreas existentes y otra “más cómoda” por funcional o convencional.

Está claro que las dudas que nos planteamos con respecto a este tema sobre qué considerar territorio o área territorial nos vienen dadas por una necesidad de delimitación de unidades más pequeñas para la realización de nuestro proyecto. Si existieran recursos humanos y financieros suficientes no tendríamos este problema, nadie dudaría del reconocimiento de un territorio cultural como es el andaluz.

Nosotros tenemos que trabajar necesariamente en la sistematización de información sobre áreas más pequeñas, a un nivel subregional sin perder de vista la ambición de la escala andaluza.

Las distintas áreas administrativas organizan muchos de los datos con los que trabajamos<sup>12</sup>. Pero la provincia y el municipio a la hora de abordar un proyecto de recursos culturales en el territorio andaluz no resultan del todo operativas; demasiado pequeño es el municipio para la lectura territorial y demasiado grande la provincia. Afirmación que se ha repetido hasta la saciedad en el antes aludido debate de la comarcalización andaluza, pues aunque se reconoce los aspectos positivos que tendrían la organización en comarcas para la administración andaluza, hoy no contamos con una delimitación jurídico-administrativa de derecho en Andalucía. Y sin embargo desde un principio se proyectaron numerosas expectativas sobre la delimitación comarcal, reclamándose por su funcionalidad para un gobierno autónomo y para la potenciación de los estudios regionales: “no cabe duda que la configuración del estado de las autonomías viene a potenciar el valor de la comarca en su doble acepción de unidad de estudios y de unidad de acción”.<sup>13</sup> (Gómez Borrero, M<sup>a</sup> Luisa;1990:27) .

Las distintas vicisitudes por las que ha atravesado el proyecto de comarcalización desde la publicación del primer documento en 1983 por parte de la Consejería de Obras Públicas, han terminado por anular cualquier intento de reconocimiento jurídico de las comarcas y por adoptar un modelo de ordenación del territorio<sup>14</sup> dis-

tinto al previsible en los primeros años del estado de las autonomías.

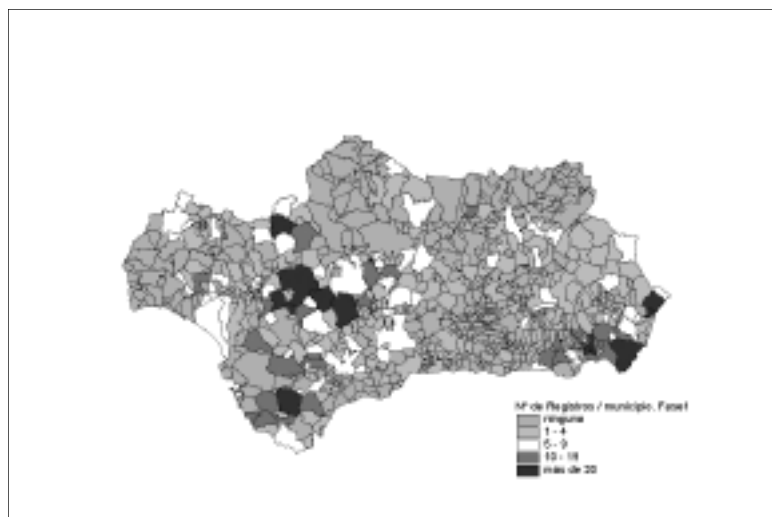
Pero el abandono del proyecto de transformación administrativa, no significa necesariamente una invalidación de la comarca como unidad de estudio y realmente tampoco como unidad de acción, como podemos observar en la constitución de mancomunidades, parques naturales y otras asociaciones municipales que en muchas ocasiones tienen vocación de comarca.

De la misma forma para nosotros la comarca sigue siendo un referente de investigación y documentación del patrimonio etnológico. La experiencia en los inventarios y otros proyectos de investigación, nos muestra como la comprensión y sistematización de la información, y por ende la definición de los recursos culturales andaluces, tienen un marco ideal para el trabajo subregional en los ámbitos comarcales. Entendidos éstos de forma más amplia de lo que puede ser necesario para la aplicación de determinadas acciones de política territorial. Y esto es así para nosotros porque partimos de la existencia de poblaciones que, con independencia de las actuaciones administrativas, comparten ciertos elementos sociales, políticos y simbólicos. Ello no significa que compartamos la visión estática de la comarca o de la región de algunos de los partidarios de la existencia objetiva de la misma.

Nuestra visión se aleja de los sesgos historicistas o paisajísticos utilizados para la legitimación de las delimitaciones territoriales. Y tampoco nos cerramos en banda a la consideración de otras áreas territoriales. Aunque sí es una toma de partido en contra de una postura extrema que pudiera considerar tantas áreas como posibilidades se tengan de dibujarlas sobre un mapa "convencionalmente" o "arbitrariamente".

Siendo coherentes con una visión global de las áreas territoriales, no podemos considerar la posibilidad de que sea la localización de "determinados puntos en el mapa" el criterio fundamental para la establecer un dibujo de áreas culturales, concibiéndolas entonces, como ya lo hiciera el particularismo histórico: *"Las áreas culturales son zonas geográficas en las que se pueden reconocer patrones culturales característicos, por la asociación repetida de rasgos específicos y por lo común, uno o más modos de subsistencia relacionados con un medio particular"*<sup>15</sup>. El establecimiento de éstas áreas culturales aunque fue operativo para la sistematización y clasificación de la documentación de los objetos de las distintas colecciones, peca de una búsqueda de rasgos homogéneos que se enfrenta con una realidad cultural compleja y mixta de los distintos territorios, además de la consabida dificultad que produce el establecimiento de unos límites lineales

*Figura 1. Estado del conocimiento. Inventario de arquitectura popular. Fase I. Distribución y localización de registros por municipios*



y precisos entre los distintos rasgos cuando existen grandes franjas de transición en donde estos conviven con otros distintos.

Todos estos planteamientos nos lleva a la conclusión de que las áreas más idóneas para nuestro trabajo, a un nivel subregional, son las comarcales. Las comarcas, a pesar de no “existir oficialmente”, tienen cierta vocación de existencia real, de aspiración a un reconocimiento político, por lo que en muchos casos se corresponden con municipios mancomunados que gestionan proyectos de desarrollo local. Son por ello fácilmente traducibles a unidades administrativas pues se conforman como un conjunto de municipios. Además existen investigaciones referidas al marco comarcal que nos ayudan a la aproximación de los recursos culturales en áreas territoriales.

#### UN MODELO DE APROXIMACIÓN A LOS RECURSOS CULTURALES DEL TERRITORIO

En los primeros pasos de este proyecto que quiere construir un instrumento metodológico de identificación y valoración del patrimonio como recurso, hemos establecido una serie de niveles de aproximación al territorio andaluz en función del estudio de nuestras carencias en el conocimiento del patrimonio etnológico, y como no, del estado de la investigación antropológica y de disciplinas afines sobre Andalu-

cía. De hecho la suma de las acciones de revisión bibliográfica, reflexión sobre los conceptos (recursos culturales, territorio, planeamiento) y de evaluación del conocimiento, constituyen una primera fase que aborda el nivel regional, de por sí bastante compleja.

Para el análisis y evaluación del estado del conocimiento, nos hemos dirigido a tres aspectos fundamentales de los que hemos extraído algunas conclusiones: los bienes inmuebles de interés etnológico recogidos en el inventario de arquitectura popular de la Dirección General de Bienes Culturales<sup>16</sup>, las investigaciones subvencionadas por la Consejería de Cultura cuyos resultados se publican en los *Anuarios de Etnología* y en la *colección de Etnología Monografías*<sup>17</sup> y por último algunas de las zonificaciones planteadas por distintas instituciones para una primera comparación con la comarcalización utilizada en el citado inventario y acogida por el Sistema de Información del Patrimonio Etnológico.

Ya hicimos un exhaustivo análisis<sup>18</sup> de los resultados de las distintas campañas del citado inventario con anterioridad al volcado de los registros en ETNO<sup>19</sup>. Sólo destacaremos aquí la gran riqueza de datos que nos ofrece en sus distintas fases, que han ido evolucionando desde un carácter más extensivo hasta el más intensivo basado en el criterio comarcal (fig 1).

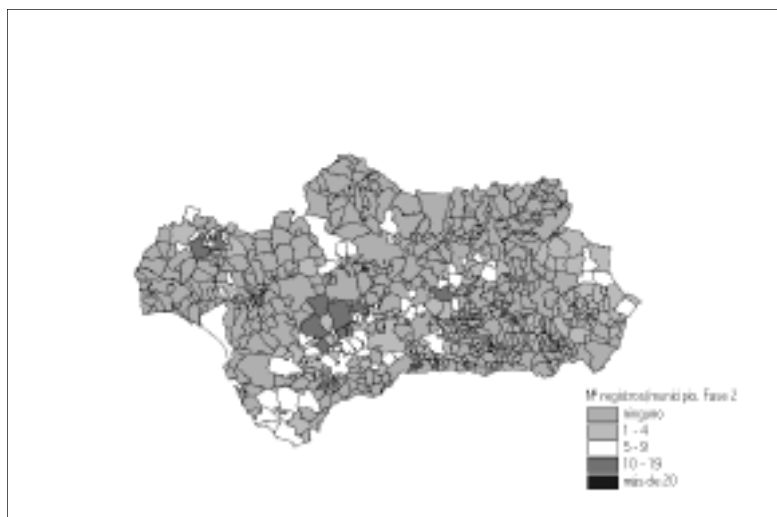


Figura 1. Estado del conocimiento.  
Inventario de arquitectura popular. Fase II  
Distribución y localización de registros por municipios

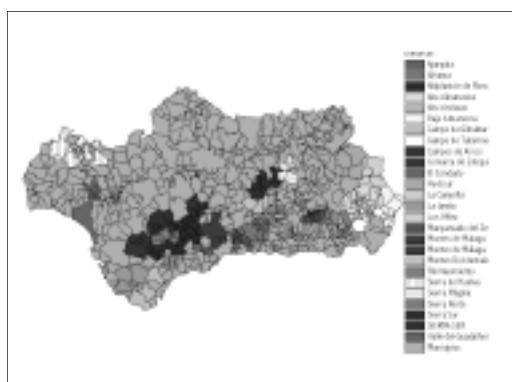
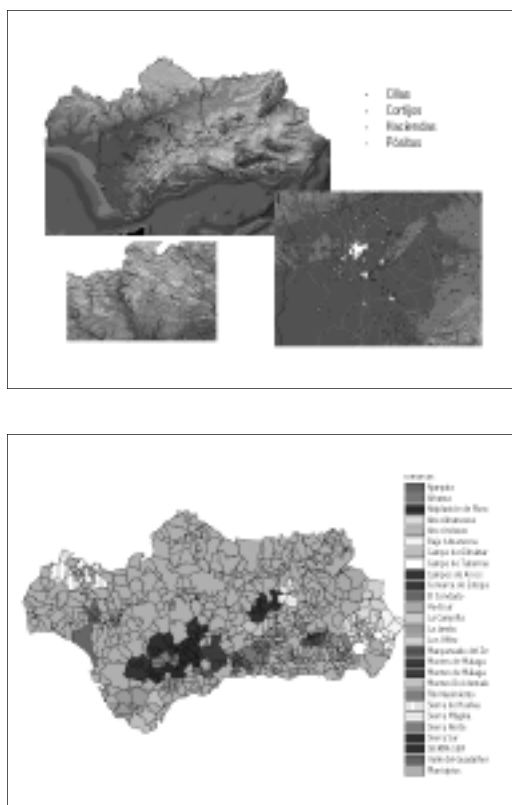


Figura 2.A. Edificios  
agropecuarios

Figura 2.B. Comarcas  
históricas culturales

La heterogeneidad en la toma de datos del terreno y en la cumplimentación de las fichas nos hace difícil extraer conclusiones a nivel andaluz sobre las tipologías y características de esta arquitectura, sin embargo un estudio de las tipologías nos muestra la correspondencia entre las actividades productivas tradicionales y la persistencia de tipos relacionadas con estas (figs 2 A, 2B).

Con respecto a las investigaciones etnológicas, cuyo análisis, más modesto, ha corrido parejo al estudio pormenorizado de los compañeros arqueólogos sobre zonas prospectadas en Andalucía, sólo decir que nos ofrecen en la mayoría de los casos datos interesantes desde el punto de vista del conocimiento del territorio aunque sólo abarcan pequeñas porciones de Andalucía.

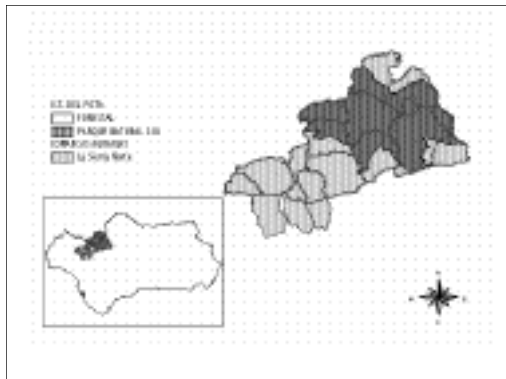
Finalmente el estudio de distintas zonificaciones propuestas por distintas Consejerías (Bases y estrategias del Plan de Ordenación Territorial de Andalucía 1999, Comarcas Agrarias, Bases para un Plan de Desarrollo Rural 1993) , no hace sino confirmarnos la necesidad de trabajar sobre comarcas concebidas a partir de los planteamientos ya expuestos. De hecho existe una cierta proximidad entre las comarcas agrarias y las comarcas establecidas en el Inventario de Arquitectura Popular (fig 3 y 4).

A grandes rasgos expuestas, estas líneas o acciones que hemos emprendido con respecto a esta primera fase de desarrollo del modelo a nivel andaluz, sólo se puede extraer una conclusión: la imposibilidad de avanzar en el proyecto teniendo como referente el nivel regional.

Y uno de las mayores deficiencias en este sentido es la falta de georeferenciación de los bienes ya localizados e inventariados. Esto es porque la cartografía y los sistemas de información geográfica son los medios a partir de los que mostraremos nuestro modelo y construiremos la nueva herramienta de documentación. La ausencia de las coordenadas en la cumplimentación de la fichas invalida en muchos casos, para la gestión del patrimonio, la riqueza de los datos que en otros “campos” se hayan podido recoger. Y además reduce al mínimo la posibilidad de ampliación del análisis que nos

Todo ello nos obliga al establecimiento de lo que hemos denominado un “nivel subregional” para la profundización de nuestro modelo propositivo. Esto supone el establecimiento de las variables territoriales (físicas, socioeconómicas y culturales) traducidas a indicadores cualitativos y cuantitativos en el marco de unas áreas seleccionadas por sus características y sobre todo por contar con una mayor abundancia de datos.

Todavía por ajustar desde su mismo diseño, este proyecto es muy ambicioso y así los reconocemos. Nos planteamos su desarrollo en un largo plazo dadas las consabidas limitaciones de recursos, esta vez humanos y materiales. Sin embargo todos los pasos que demos para esclarecer nos resultan en sí mismos interesantes, además de que esperamos que sean una contribución a el olvido de esa separación tanjante entre investigadores, gestores e interventores de nuestro patrimonio cultural.



*Figura 4. Yuxtaposición de áreas. (Pota cultura - les agrarias - parque natural)*



## NOTAS

1. Recientemente hemos comenzado en el Centro de Documentación del IAPH una línea de investigación y desarrollo de las herramientas de documentación que se preocupa por la relación patrimonio y territorio concretándose en el proyecto de Recursos Culturales, que tiene una vocación integradora de las distintas disciplinas. Por parte antropológica y en colaboración con el área de etnología del citado centro participaron en la fase preliminar de dicho proyecto Victoria Quintero, Gema Carrera y la que firma el presente artículo.
2. Como se señala en la presentación de esta segunda parte del presente volumen, los artículos compendidos en ella, hacen un repaso reflexivo por las grandes iniciativas en el desarrollo del Sistema de Información del Patrimonio Etnológico.
3. JOSÉ CASTILLO RUIZ: **El entorno de los bienes inmuebles de interés cultural**. IAPH. Universidad de Granada. Granada 1997
4. Muchos de esos avances se encuentran en **Patrimonio y Ciudad**. Cuadernos del IAPH. Córdoba 1994
5. Sin embargo en nuestras reflexiones el entorno no es equiparable al territorio, la perspectiva como vemos es otra, no se trata de ir del bien al territorio, sino al contrario del territorio al bien.
6. Como puede encontrarse en las páginas dedicadas en esta segunda parte a la herramienta de documentación ETNO, son muchos los campos de la aplicación que recogen la significación de los bienes inmuebles para la población que los habita o posee.
7. Tengamos presente toda esa tradición de viajeros, eruditos y ciclopedistas de los siglos XVIII y XIX en cuyas obras se escapan en ocasiones una estrecha relación entre los aspectos físicos de los lugares y sus gentes.
8. Un ejemplo de la proyección naturalista del territorio se puede ver en R. Aurín Lopera y F. Caberras Tosas: "Sobre la identidad del territorio" en **OP ingeniería y territorio n.º 54** año 2001.
9. Si en el IAPH hemos emprendido distintas iniciativas en las que trabajamos de forma integrada las distintas disciplinas, cuanto más en un proyecto como éste que nace con una vocación completamente multidisciplinar como no podría ser de otra manera.
10. Ver la definición que hace Norton Ginsburg bajo la voz "Área" en la **Enciclopedia de las Ciencias Socia-**

**les Vol 1** N<sup>o</sup> 118 pp 519-521, Aguilar. Madrid 1974.

**11.** Cuestión puesta a la luz en el debate geográfico de la comarcalización, tal como abordamos en otras páginas. Ver Hernández León, Elodia: "La construcción de una frontera: delimitaciones administrativas y definiciones culturales en los Pedroches" en **Anuario Etnológico de Andalucía 1998-1999** Sevilla 135-141.

**12.** De hecho hasta la fecha en las distintas bases de datos del Centro de Documentación el código de cada uno de los bienes inventariados y catalogados se forma a partir de la numeración correspondiente a la provincia y municipio del bien.

**13.** M<sup>a</sup> Luisa Gómez Moreno: **Teoría y Práctica de la Comarcalización**. Universidad de Málaga. Málaga 1990

**14.** Modelo recogido en el documento **Plan de Ordenación del Territorio de Andalucía. Bases y Estrategias**. Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Transportes. Sevilla 1999.

**15.** Robert W. Ebrich y Gerald M. Hederson : "Aeas Culturales" en Enciclopedia de las Ciencias Sociales volumen 1 N<sup>o</sup> 118 pp 521.

**16.** Han sido tres las fases o campañas de abordadas en el citado inventario emprendido por el Servicio de Investigación y Difusión de la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura.:

1<sup>a</sup> Fase: Inmuebles cuyo uso preferente sea la producción o la transformación. 1992-1993.

2<sup>a</sup> Fase Inmuebles cuyo uso preferente sea la habitación. 1995

3<sup>a</sup> Inmuebles y espacios de sociabilidad. 1996-1997.

**17.** Cuatro son los anuarios, el primero publicado en el año 1991, editados por la Consejería de Cultura donde se recogen los resultados parciales de las investigaciones subvencionadas en las campañas que van desde 1988 hasta el 1999. Por otro lado desde el año 2000 se vienen publicado los resultados finales de dichas investigaciones en monografías.

**18.** Informe sobre el Inventario de Arquitectura Popular de la DGBC realizado para el Centro de Documentación del IAPH por Victoria Quintero Morón. Literatura gris. Sevilla 1996.

**19.** En este mismo volumen se describe esta base de datos del Centro de Documentación del IAPH.